

ANTIGUAS COSTUMBRES EN LOS PARTOS*

DR. D. CLAUDIO BECERRO DE BENGOA CALLAU
*Académico Correspondiente de la Sección de Medicina
de la Real Academia de Doctores de España*

El hombre en su afán de conservar la salud, busca constantemente un remedio o medicamento con que mantenerla y a su vez combate el dolor y la enfermedad, mediante pócimas y lenitivos, que no son, hoy en día novedosos, sino que son antiquísimos, ancestrales, ya que se remontan en su uso, a lo largo de la noche de los tiempos, hasta los albores de la Humanidad.



De ahí, el que nosotros abordemos el tema, que nos ocupa, o sea, «la conducta de la mujer, a lo largo del embarazo y durante el parto en tiempos pasados», dado su interés y peculiaridades, en las distintas culturas primitivas, que conocemos gracias a los estudios realizados por antropólogos y médicos historiadores sensibilizados en dichos temas.

* Toma de posesión como Académico Correspondiente de la Sección de Medicina de la Real Academia de Doctores de España, celebrada el 22-6-2011. Fue presentado en nombre de la Corporación por el Doctor don Jesús Martínez-Falero Martínez.

Ya que la realidad o veracidad de las leyendas populares, de todos los pueblos primitivos, por muy alejados que estén, en el tiempo y en el espacio, es un hecho indiscutible, siéndoles comunes muchos mitos, supersticiones y costumbres, debido a que la experiencia y el instinto, han sido la base de todos ellos.

Pues bien partiendo del mundo de la mitología y a caballo entre la leyenda y la historia, vamos a observar como esa inquietud de la humanidad, por aliviar y mejorar la evolución de los partos, se ve reflejada en sus múltiples manifestaciones culturales y como en el discurrir de los años se buscan diversos procedimientos a tono con los medios de que se disponía en las diferentes etapas de la Civilización.

No debe de extrañarnos, por tanto, que ya en la Prehistoria, se hable del uso de los «Pucheros Calientes», usados en las postrimerías de los tiempos neolíticos y principios de la Edad de Bronce, y que posteriormente veremos utilizados por diversos pueblos, hasta llegar a los célebres «Afumamentos», empleados en nuestra Galicia, en los que se quemaba hojas de laurel verde, con el fin de que sus vapores humedeciesen y ablandasen los genitales externos de las mujeres que estaban de parto, puestas en cuclillas, para así facilitarlos y que fuera menos doloroso.

Práctica, igualmente empleada, por los indígenas de las islas de la Melanesia, en donde, cuando una mujer se queda embarazada, por primera vez, los familiares tienen la obligación de procurarles ciertos vestidos ceremoniales, impuestos por la costumbre y consistentes en una falda lisa y blanca y un largo manto, llamado «Saykeulo», hecho de fibra vegetal, al igual que las «Corozas», confeccionadas con juncos, que todavía hoy en día podemos contemplar en nuestros Áncares, dentro de sus «pallozas».

Todavía, en muchos lugares del planeta, llegado el momento del parto, al inicio de las contracciones, bien en sus casas o bien, adentrándose en la espesura de los bosques, pero siempre acompañadas de mujeres familiares, que les van a ayudar o asistir, se colocan de cuclillas sobre un lecho elevado, llamado «Yacija», bajo el cual arde un fuego moderado, con el objeto de «Hacer más líquida la sangre» y así, facilitar el parto, junto con pequeñas sacudidas, golpes y presiones, que le proporciona un familiar sobre los hombros, sacudiéndolos y hasta golpeándolos en algunas ocasiones, para que salga más rápidamente la criatura, a la vez que ella contrae o mantiene la respiración con el fin de aumentar la presión intra-abdominal.

Hoy en día, todavía entre los pueblos de la raza Bantú, en el África del Sur, se utilizan las pieles de antílope, para confeccionar un «isidya» o delantal de preñez, que la gestante llevará sobre sus pechos y vientre, para que le confiera apoyo y dignidad, en los últimos meses de su embarazo.

Según la cultura de los trobriandeses, al quedarse embarazada una mujer por primera vez, se le deben de hacer unas ropas ceremoniales, consistentes en cuatro vestidos, dos faldas y dos mantos largos. Siendo los dos primeros vestidos en la percepción, cuando se da cuenta de que está embarazada y los otros dos cuando aparece en público, reservándose las dos faldas para después del parto.

En la ceremonia del primer parto, solo participan las mujeres acompañando a la embarazada en todo momento, colocándole el manto que le va a proporcionar dignidad y una corona de flores para luego dirigirse a la playa, a través de una doble fila de mujeres que con los brazos extendidos y cruzados a modo de puente o toldo, como haciéndole honores.

Cubre el recorrido y se introduce en el agua, para luego tumbarse en una estera, mientras está oyendo una serie de ritos que constituyen la fórmula mágica, a lo largo de tres a cinco días, para luego dirigirse al hogar, ahora bien como ya hemos dicho, ello tiene lugar cuando se trata del nacimiento del primogénito.

En nuestras «Islas Afortunadas», sus primeros pobladores tenían el galardón de que sus compañeras tuvieran hijos fuertes, con el fin de luego ser hombres y guerreros valerosos y decididos ante el peligro, para lo cual sometían a las mujeres, antes de estar embarazadas a un reposo en cama de 30 días, con el fin de engordarlas y así ponerles bien tensa la pared del vientre, puesto que aducían que las mujeres delgadas no podían tener hijos grandes, ya que no se les «alargaba o daba de sí» el abdomen en el momento del parto.

Pero volviendo a los «afumamentos», observamos como en el siglo XVI, el famoso cirujano francés Ambrosio Paré, primer cirujano de Francia, médico de cuatro Reyes, miembro del Colegio de San Cosme, «sangrador del ejército» en 1536, evidente precursor en muchos aspectos de la Medicina y de la Cirugía y Tocoginecología, adelantándose en la influencia del psiquismo sobre los procesos orgánicos, siendo por tanto un iniciador de la medicina psicosomática. Idea y utiliza unos dispositivos especiales que sirven para fumar o humedecer la vagina, con los vapores emanados de la ebullición de determinadas plantas, como por ejemplo la mítica ARTEMISA, nombrada por los griegos como la diosa de los partos, por haber ayudado a su madre LETO, a dar a luz a su hermano gemelo APOLO, al noveno día de haber nacido ella.

Curiosidad muy extendida también en la región del Nilo Blanco, en KARRIE, en donde cavan un hoyo en el suelo y en él queman hierbas para que sus vapores humedezcan la región genital, que por cierto entre la familia de los SCHULIS, las recibían en posición mahometana o genupectoral.

E igualmente entre los indios de OKLAOMA, la comadrona sopla humo por debajo de las ropas de la parturienta con la pretensión de ablandar las partes pudendas y facilitar el parto.

Prácticas similares empleaban los indios de las Guayanas, aunque su fin era diferente, ya que en este caso, era para ahuyentar los espíritus maléficos, colocando debajo de la hamaca, en donde se situaba la parturienta, una piedra enrojecida al fuego, sobre la cual el esposo vertía agua, al objeto de que los vapores que se producían envolvieran a la mujer de parto, quedando invisible a dichos espíritus maléficos.

Prácticas, con la misma finalidad los tenemos en los esquimales. Que «Para huir de dichos espíritus», cavan dos fosas en la nieve, y en una se instala para parir caldeándola con una hoguera, alfombras de pieles de reno o hierbas y en cuanto da a luz a la criatura, rápidamente se pasa al otro hoyo, que se encuentra a unos 50 pasos, más allá, para despistar a los espíritus, a la vez que respira profundamente, tranquila ya, como el que se aleja de un lugar, donde se ha cometido un crimen.

Sin embargo, entre los árabes del distrito de MORU, el uso de estimulantes era muy usado en los partos y así observamos como lo aplicaban mediante unos recipientes de barro con un tubo a través del cual ingieren un líquido fermentado, como una especie de cerveza, hecha con semillas de mijo y que la mujer saboreándolo, poco a poco, llega a un grado tal de embriaguez, que paren más inconscientemente, al igual que sucediera en la leyenda de Etana, en la que se habla de ciertas hierbas, que privarían de conciencia a la mujer en el momento de parir. Práctica, por otro lado, ya conocida y empleada en la milenaria China, 2.700 años a. J.C., al utilizar el opio para combatir la

sensación dolorosa en el parto, aparte de utilizarlo también, para «entrar en los paraísos artificiales de la drogadicción».

Capítulo aparte merece la medicina precolombina, en la que destacaremos que ya en el siglo VI, los pueblos andinos conocían la cocaína y sus efectos analgésicos, empleándolo con tales fines en el parto.

Remedios, todos ellos por supuesto, mucho más eficaces que los beneficios que pudieran producir la nicotina, en el momento del parto, en aquella regia dama Doña María Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III, que en sus trece partos, pero sobre todo en el sexto, según el decir del cronista Octavio Velasco: «Durante el alumbramiento vociferaba, exigiendo unas veces y suplicando otras, que le permitieran fumar un cigarrillo, con el fin de calmar sus dolores de parto».



Pero volvamos, a aquellos tiempos lejanos, a la infancia de los pueblos, en que la parturición todavía estaba envuelta en fábulas, tradiciones y mitos, tanto raciales como religiosos, y observaremos que el uso de amuletos, fórmulas mágicas y todo tipo de exorcismos, eran muy frecuentes y altamente valorados en el momento del parto. Pues ya, en la antigua mitología asiria, la diosa de los partos, Istar, llevaba un cinturón de piedras, prendido en sus caderas para protegerse de los mismos; por otra parte, dicha costumbre se ha generalizado en muchos pueblos y todavía hoy en día es corriente su uso, igualmente se ponían una esmeralda envuelta en cuero de ciervo y atada al muslo izquierdo en determinados pueblos ibéricos.

Una gran parte de los amuletos eran atados a los muslos de las mujeres. Entre ellos destararemos la «Piedra del Águila», que no es más que limonita u óxido de hierro, y que según la tradición rusa, se encontraba en los nidos de las águilas, dado que se suponía que dicho mineral tenía la virtud de irradiar calor y por eso las águilas la depositaban en sus nidos para favorecer la incubación de sus polluelos, teniendo que colocársela las mujeres de parto, atada a su mano o pie del lado izquierdo, aunque para el pueblo mesopotámico, según Dioscórides, se debía fijar dicha piedra en la cadera o en la ingle.

A tal respecto es de señalar que muy fácilmente nuestra princesa Doña María Manuela de Portugal, primera esposa, de las cuatro que tuvo, el que iba a ser Felipe II, lo

utilizara en su único parto, el del desventurado príncipe Carlos, tras el cual la pobre, falleció, tal vez ocasionado por una infección puerperal. Dicha suposición de haberla empleado, se basa en el hecho de hallarse dicha piedra, inventariada entre los diversos enseres del rey Felipe II.

Entre otros amuletos tenemos la «PIEDRA DE SANGRE», aun utilizada hoy en día en muchos pueblos, el jaspe «utilizado por los sumerios», la belenita, el erizo de mar o «piedra sapo», y algunos erizos de mar petrificados, no siendo raro su uso hoy en día, en algunas regiones españolas, así como la costumbre todavía de colgarse al cuello, un diente de cerdo o de jabalí, e igualmente, también el colocar debajo de la almohada de la parturienta, las llaves de la puerta de la casa, o tener presente en la habitación del alumbramiento, la «ROSA DE JERICÓ» en su mesilla de noche con agua, ya que dice la tradición sobre todo, la asturiana, que cuando esta abra sus pétalos, el parto culminara con toda felicidad. También es práctica muy arraigada y frecuente, todavía en determinadas regiones, como es en nuestro maestrazgo, el atarse un pañuelo rojo al muslo izquierdo de la parturienta.

Similar uso fue la presencia en las alcobas regias, de la «SANTA CINTA DE LA CATEDRAL DE TORTOSA», empleada por primera vez en el parto de nuestra reina doña ISABEL DE BORBÓN Y DE MÉDICIS, esposa de FELIPE IV, en su quinto parto, que al decir por los versos de Lope de Vega, se debió de adelantar de su probable fecha, ya que dicen así:

Sin pagar nueve meses de posada,
salís a España hermoso niño Austrida.

Por el contrario, nos consta que la última reina española en tener presente la Santa Cinta de la Catedral de Tortosa, que según la tradición, se consideraba tejida por la mismísima Virgen María, fue la reina MARÍA CRISTINA DE HABSBURGO-LORENA, al dar a luz al rey Alfonso XIII, el día 17 de mayo de 1886, hijo póstumo de Alfonso XII.



Pero siguiendo nuestra descripción de costumbres, destacaremos como en la antigüedad, se utilizaban como recursos estimuladores del parto, ciertas infusiones de raíces de verbena o de fresno, o la ingestión de caracoles o lombrices con vino de pasas, según Plinio, y hasta se llegó a emplear polvo de cuerno, pelos, orina y amnios de cabra. Algunos de estos remedios han perdurado hasta mucho después de la Edad Media, sin ir más lejos, en Francia, en pleno siglo XVII, se empleaba aún «el polvo de la Reyne», compuesto de raíz de sínfito (planta herbácea, borragínera, que alivia el dolor), huesos de pescado, nuez moscada, ámbar amarillo y gris, no solo para garantizar la continuidad de las contracciones sino también para conseguir un parto más tranquilo y menos doloroso.

A este respecto, es curioso recordar como entre los indios Chibchas (Colombia) las embarazadas, peregrinaban hasta un lugar, llamado «Isa», en donde el héroe Sugundomoxe, al desaparecer, había dejado una huella de su pie en una roca, la cual rascaban para conseguir algo de polvo, que se lo bebían mezclado con un poco de agua.

Sin ir más lejos, algo parecido sucedía también en algunos pueblos germanos y celtas, ya que en la Europa Prehistórica, la Geofagia, fue una costumbre muy extendida. Ejemplo de ello lo tenemos en los hebreos del Cáucaso que cuando se retrasaba el parto, se hacía beber a la embarazada, agua mezclada con tierra, considerándose muy eficaz la tierra obtenida de los Atrios de las Iglesias, igualmente dichos judíos caucásicos, ante un parto dificultoso, echaban en un vaso de agua, la tierra procedente de una tumba reciente, de una persona que hubiera fallecido en los últimos cuarenta días, y también se los bebían.

Sin embargo, en Damasco comen polvo de una tierra olorosa llamada «Tubaret Homra»; mientras que en la India y en Ceilán creen que la tierra cogida de debajo de los «conos», donde se abrigan las serpientes, sirve para favorecer la expulsión del feto.

Otro recurso, facilitador del parto, ha sido la provocación del estornudo, oliendo pimienta, castoreo, eleboro, etc., y también se ha recurrido a la incitación del vómito, ya que así aumenta la presión intra abdominal y con ello se acelera la expulsión fetal.

Apolonio de Tirana, famoso médico, que vivió un siglo después de Cristo, aconsejaba llevar una liebre viva a los partos, para que diera vueltas y saltos en la habitación, en la creencia de que con ello se facilitaba el alumbramiento, creencia que también cundió en época de Plinio, y aun en épocas no muy lejanas, en nuestra «piel de toro» se ha empleado en algunas regiones colocando la liebre viva sobre los senos de la mujer que está de parto, para así acelerarlo. Bien es cierto que ilustraciones sobre las liebres y sus efectos son muy numerosas, sobre todo entre las pinturas rupestres, incluso de la época Paleolítica, como es el caso de la cueva germana de GERA, en donde se halló un grabado de liebre y representaciones de la parturición talladas en un hueso de reno, como es el caso de la famosa «FEMME AU RENNE».

En la región austriaca de los montes metálicos, en Suiza y en otras regiones aledañas, era costumbre de las parturientas, el aplicarse una piel de serpiente sobre el vientre, y el KOLKAU (Alemania), una familia tuvo durante más de cien años, una mítica piel de cabra, sobre la cual parían las mujeres del lugar. En otros lugares usaban con la misma finalidad una piel de ciervo o de liebre.

Aquí es digno de recordar como la famosa comadrona francesa, Louise BOURGEOIS, describió la recomendación que hizo el tocólogo inglés Edmund Chapman, de colocar una piel de cordero de color negro, recién desollado, *in vivo*, en el bajo vientre y región lumbar de la parida y en la extremidad de la susodicha piel se aplicaba otra

de una liebre, también desollada viva, previa fricción del vientre de la gestante, con la sangre de los respectivos animales aun caliente, ya que se creía que poseían una gran virtud de reconfortar y tonificar la matriz y partes adyacentes. Previamente las pieles, antes de su aplicación, eran espolvoreadas por dentro con polvo de rosas y de mirtilos (mirto es aromático y astringente).

A tono con esto, no está de más recordar el curioso incidente que le pasó al tocólogo francés Julián Clement, durante el primer parto de la delfina Ana María Victoria de Baviera, hija de Luis XIV, el rey Sol, que con el fin de aplacar sus dolores, le aplicó sobre el vientre, la piel negra, aun caliente del cordero desollado vivo, y cuál no sería su sorpresa y desconcierto, cuando de pronto e improviso irrumpió en la alcoba regia, dicho cordero «vivito y despellejado», provocando el horror y confusión de los presentes. Dicho tocólogo, hay de decir, que fue el primero en introducir la asistencia médica a los partos en la Corte, hasta entonces en manos de las comadronas y por supuesto desechó el uso de toda clase de pieles de animales desollados vivos.

Aparte de dichas prácticas facilitadoras, no hemos de olvidar tampoco, los exorcismos y las conjuras verbales o escritas, igualmente empleadas con tales fines, y así resaltaremos que entre las judías rusas, utilizaban como talismanes, unos papeles en los que habían escritos ciento veintiuno salmos y fórmulas cabalísticas y las pegaban en la cama, en las puertas y ventanas de las parturientas. También, entre los musulmanes, se empleaban escritos, que por cierto a pesar de ser iconoclastas, se ilustraban con una imagen de una embarazada.

Igualmente no podemos pasar por alto, los cánticos durante el parto que se emitían y eran muy populares en la región bearnesa de los Pirineos, a nuestra Señora del Final de Puerto, ejemplo de ello lo vemos en el parto de Doña Juana D' Albret, hija del rey de la Navarra francesa y de la que nos podía servir de prólogo a la actual «musicoterapia». Similar costumbre tenían las mujeres tinerfeñas, que piden a San Bartolomé ayuda en su alumbramiento, cantando unos versos implorativos:

San Bartolomé se levantó
Pies y manos se lavó,
Y a Jesucristo encontró.
—¿A dónde vas Bartolomé?
—Señor, contigo me iré.
—Vuélvete, Bartolomé,
a tu casa, a tu mesón
te vengo de dar un don
que no merecía varón.
En la casa donde asistes
No caerá piedra ni rayo
Ni morirá mujer de parto
Ni criatura de espanto.

A igual que lo hacen los cánticos leridianos, como el «Andero Cuadrado». A tal respecto, es curioso también observar como entre los «Hotentotes», del S.O. de África, existía la creencia de que si se prolonga el parto con la ayuda de la música de ciertos tambores, más pequeños que los de guerra y tocados por las comadronas de las tribus, se podía acelerar el mismo.

Como es natural en toda la Humanidad se ha recurrido a toda clase de artilugios para facilitar el parto, desde adoptar diversas posturas a soportar pequeñas sacudidas,

como son las ya citadas «Sucusiones de Hipócrates» para movilizar la criatura o recurrir a las fricciones del vientre con unguento de grasa de marmota, grasa de serpiente, de castor e incluso todo ello unido a unos masajes en el vientre, de arriba abajo, con un rollo de madera llamado ERU, en la época babilónica. O como los filipinos, que usaban un ladrillo para tales fines, en forma de pez.

En cuanto a la postura de parir, destacaremos que la más frecuente es la de Rodillas o la de Cuclillas, a pesar de que desde tiempos remotos la posición Sedente, o sea, sentada en una silla, más o menos tosca y a propósito para tal fin, es muy antigua y frecuente, ya que en determinadas citas bíblicas, como en el Éxodo, ya Moisés cita dicha silla de parir. Siendo conocida en Babilonia y también descrita por Hipócrates y Sorano de Efeso. Según el papiro de Westcar, ya los egipcios usaban para tal fin, tres ladrillos o piedras, en las «cámaras o casas de parir», llamadas Mamisis, existentes en aquella época junto a los templos. Según Sorano, en el caso de que no existiese un sillón se sustituía por lo que fuera más parecido, pero sin respaldo, colocando a la mujer semisentada y sostenida por tres acompañantas, que se colocaban una a cada lado friccionándole el vientre y otra por detrás, sujetándola por la espalda.



No obstante, todavía en algunos pueblos primitivos se paría sentada sobre una especie de esterilla en el suelo, como es el caso de ciertas tribus de la Melanesia, o en Bali, que efectúan los «Pujos» expulsivos, sentadas en el suelo y con las manos asidas a una cuerda que está atada al dintel de un puerta y con los pies apoyándose en el umbral de dicha puerta, ayudándole dos mujeres, que le sujetan y le sirven de apoyo.

Un variedad de la posición anterior, es la postura en la que se está sentada entre o sobre las rodillas de un hombre o mujer, bien en silla o en tierra, también citada en el Génesis, y en la que se dice que entre los israelitas era un honor para los hombres, colocar a la parturienta sobre sus rodillas. Costumbre también arraigada en la arcaica Holanda, donde se prefería que fuera un hombre fornido, el que sirviera de asiento a las parturientas, lo mismo que sucedía en el Japón, pero con la diferencia de que mientras en el que ahora es el país de los tulipanes, los hombres silla eran jóvenes, fuertes y robustos, entre los nipones solo se aceptaban hombres de edad avanzada y caducos. A los «hombre silla» les sustituyó la silla obstétrica, con su infinidad de variedades, siendo todavía hoy en día una institución su uso en Palestina, y a su vez dicha silla ha sido desplazada por la posición acostada o semisentada en la cama moderna.



En las Islas Canarias daban a luz en una silla obstétrica, en la que quitaban el asiento, almohadillando los bordes del hueco con tela de junco o de palma, con el fin de que no le molestaran las nalgas de la parturienta, que debía de quedar en el espacio circunscrito por aquel sentada la mujer en ese dispositivo y frente a ella, rodilla con rodilla, un hombre fuerte de buen ánimo, al que se agarraba a sus hombros y cuello, para tener un punto de apoyo donde hacer fuerza y soportar mejor las contracciones de parto. Como en otros lugares y hasta en épocas recientes, el marido hacía cama durante el postparto, recibiendo los regalos, felicitaciones y parabienes, mientras la mujer trabajaba en casa o en el campo, permaneciendo encerrado en su casa ocho días para cuidar a su esposa, conociéndose esta particularidad del reposo del marido, con el nombre de «covada». En la isla de Fuerteventura, el marido comía, bebía y hacía el mismo número de comidas que la recién parida llamándose al hombre en esta situación «Zorrocloco».

A los recién nacidos los envolvían en pellejos de cabrito y si la madre no tenía leche, los alimentaban pegados a las ubres de las cabras y les lavaban sus cabecitas y el cuerpecito unas mujeres buenas y vírgenes llamadas «Harimaguadas» (J. Bosch-Miralles). En otras ocasiones, ante la creencia de que el neonato nacía desmayado, se llamaba a una mujer que estuviera criando para que le diera de mamar hasta que la madre tuviese la subida de leche, que según ellos se conseguía comiendo mucha fruta.

No olvidemos la posición también muy frecuente, que es la de Decúbito Supino, o sea, acostada boca arriba, bien en el suelo o bien en una cama, como lo hacían las mujeres de las clases acomodadas del antiguo Egipto que parían en sus camas, y aun más en la época romana, donde poseían la llamada «Cama Genital», destinada exclusivamente para la asistencia al parto. Posteriormente, ya en 1750, se ha podido comprobar como las indias de las tribus Siouxs, de Norteamérica, daban a luz tumbadas, pero mantenidas en el aire sobre una mata que sostenían cuatro varones, como si fueran a mantearlas, circunstancia que en otras etnias sí se daba, como es el caso de Siria. Sin embargo en Rodesia del Norte, también daban a luz en esa posición, pero en el suelo y con la particularidad de que si se adelantaba o retrasaba el parto, la comadrona, para estimularlo se sentaba o se ponía de pie sobre el vientre de la parturienta, con el fin de exprimir el

útero, y facilitar la expulsión de la criatura, maniobra que también se practicaba en las Islas de Borneo, pero aquí era el marido el que, puesto de rodillas, detrás de la cabeza de su mujer, exprimía o empujaba el fondo del vientre con la misma finalidad.

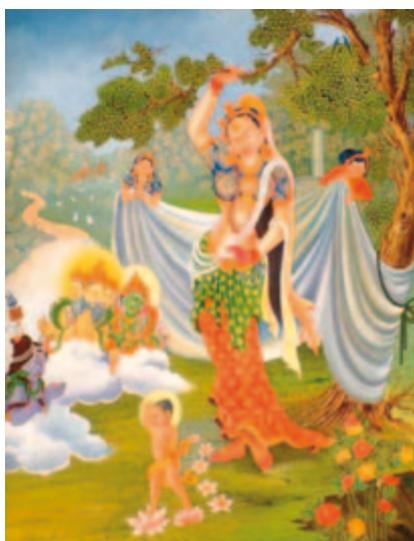
La posición Dorso-Sacra, ya recomendada por Ambrosio Pare en el siglo XVI, es la más adecuada, y consiste en flexionar al máximo los muslos sobre el tronco, estando acostada y abarcando con las manos las corvas, a la vez que se separan las rodillas al máximo y se flexiona la cabeza, como queriendo ver salir a la criatura.

Otra posición, también practicada, es la de Decúbito Lateral, o sea, la de Costado, que tiene la ventaja de facilitar la rotación de la cabeza fetal en su evolución a lo largo del canal del parto, a la vez que se alivian los dolores sacrolumbares y se puede proteger mejor el periné, siendo adoptada por los países anglosajones.

También se han empleado otras modalidades, como es la de posición de Decúbito Prono, o sea, boca abajo, postura adoptada por los indígenas de Angola, que por cierto la partera, para presionar el útero, también se sube, pero esta vez en el dorso, de la que está dando a luz.

Remontándonos a tiempos pretéritos, y recordando la mitología, tenemos otra posición de afrontar el parto, que es de Pie, o sea, en Actitud Erecta, que fue la que adoptó la incestuosa Mirra, al ser transformada en árbol por los dioses, para evadirla de la ira de su padre al haber sido engañado, entreabriéndose el tronco al término del embarazo para alumbrar un niño de gran belleza y precioso llamado Adonis. Es curioso contemplar como en el Congo ponen en acción también el mito de Mirra y se visten de árbol sagrado, al objeto de ahuyentar los espíritus maléficos, y también es curioso cómo, *in illo tempore*, las suecas, concedieron a los árboles influencias benefactoras sobre el parto, de ahí el que se abrazasen a los mismos, en tales circunstancias, como para identificarse con ello.

Otro ejemplo curioso de esta modalidad de parir lo tenemos en el nacimiento de Gautama Buda, en el que su madre Maya, de pie y asida con su mano derecha de la rama de un árbol lo alumbró con toda facilidad.



Ya el mismo Hipócrates recomendó en determinados casos, la posición erecta para parir con más facilidad. Posición que también adoptan las eslovacas, de pie, en los casos de partos precipitados, que aunque no son frecuentes, pero que también se da de vez en cuando, pues sin ir más lejos, tenemos el caso del parto precipitado de nuestra reina Doña Juana, la Loca, que dio a luz en un retrete, palabra italiana que no tiene nada que ver con nuestras letrinas, a su hijo, nuestro Emperador Carlos I de España y V de Alemania.

Ahora bien, también es cierto que no todos los métodos fueron tan traumáticos y drásticos, ya que aparte de los amuletos, conjuros y demás ceremonias, también existieron en muchas colectividades, métodos suaves, relajantes, que dichas parturientas buscaban, ansiando la tranquilidad, bien adentrándose a solas en el interior de las vecinas selvas o como, otras tribus de las Islas Molucas, que se embarcaban en rústicas piraguas para aislarse y parir a solas mar adentro. O bien, como las indias Cuna, que en un rincón de sus propias casas construían un recinto con hojas de platanillo (Surba), dentro del cual se atendía el parto en una hamaca, asistido por una «Mu» o abuela, procurando no gritar, ya que se consideraba una vergüenza; para lo cual durante el embarazo tomaban corazón de iguana, a fin de contenerse mejor.

En cambio en otras culturas, como en las islas Sandwich, de Oceanía, el parto es un acto público en donde los familiares y los amigos presencian el acontecimiento y le animan con gritos y cánticos.

Las mujeres de los indios chibchas daban a luz en los ríos de agua templada, con el objeto de conseguir un parto más rápido y liviano debido a la relajación que les producía dichas aguas, que les tranquilizaba mejorando las contracciones uterinas.

Pues ya sabemos y está comprobado por nosotros personalmente la gran diferencia de liberación de beta endorfinas, entre parturientas preparadas psicoprofilácticamente y las carentes de ello. Objetivando una vez más, que entre los múltiples factores desencadenantes del dolor del parto, uno de ellos es el factor psíquico, que no nos vamos a poner ahora a demostrar; pero que sí osaremos, con vuestra licencia, destacar la gran influencia del factor psíquico sobre el parto, mostrándoos la actitud de algunas de nuestras reinas a tal respecto.



Sin ir más lejos tenemos el ejemplo del parto de la emperatriz Eugenia de Montijo, que en pleno parto, ante la presencia entre los observadores oficiales de un personaje no grato, paró totalmente el parto, desapareciendo sus contracciones, y reanudándolas cuando ese Señor se salió de la alcoba real. Si bien es verdad que fue un parto prolongado, ya que duró 22 horas, finalizando el día 16 de marzo de 1856, con la extracción mediante fórceps, del que sería Príncipe Imperial Luis Eugenio Bonaparte. Y con la ayuda espiritual de la «Cinta de la Virgen de Puy».

Nuestra gran reina Isabel la Católica, según su cronista Hernando del Pulgar: «Ni se vio, ni se oyó, muestra alguna de su sentimiento, ni tampoco dijo palabra alguna, acerca del dolor en ese trance, para el cual se hacía cubrir la cara con un velo, al objeto de que nadie pudiera detectar indicio alguno de dolor o sufrimiento» y curiosamente en esta ocasión Doña Clara le mojó el vientre, bien mojado todo él, con agua bendita en su segundo parto, o sea, el del príncipe Don Juan, que por cierto para conseguir que fuera varón, durmió durante toda la gestación sobre un paño bermejo y del lado izquierdo, según indicación de su médico judío Lorenzo Badoz.



Con referencia a la elección de sexo en aquellas pretéritas épocas, entre las múltiples fórmulas y procedimientos, destacaremos aquellas que aconsejaban con el fin de tener una hembra o varón. Para ello, para tener una hembra, había que tener colocada la cabecera de la cama orientada hacia las montañas, cohabitar en bajamar, suavemente y en los menguantes de la luna, estando ambos en horizontal. En caso que el parto fuera en cuarto menguante, época la más frecuente en la mayoría de los embarazos, el parto sería fácil y feliz. Y si al mismo tiempo coincidía con la luna llena o en pleamar el alumbramiento de la placenta también se realizaría con toda felicidad.

Por el contrario, si el parto acaecía en cuarto creciente, sería dificultoso difícil y si tenía lugar en época de luna llena existiría un peligro de fallecimiento de la madre, pero si se verificaba en luna nueva, peligraba también la vida del recién nacido, sobre todo si era hembra.

Mientras que cuando se deseaba tener un varón, se procuraba que la cabecera de la cama estuviera orientada hacia el mar, procurando cohabitar en época de luna llena, en cuarto creciente o de madrugada y por supuesto en pleamar, pero con la particularidad de tener las orejas de ambos en contacto, mientras se cohabita, con gran energía.

En el caso de existir un embarazo gemelar se suponía que era debido a que había sido «cubierta», dos veces en la misma hora y desgraciadamente cuando se tenía un feto malformado se achacaba a que se había cohabitado y fecundado durante la menstruación.

Igualmente es de admirar, la actitud de Enrique IV, rey de Francia, que consciente de la influencia psíquica en el parto, alecciona e informa a su esposa, María de Medicis, tranquilizándola y advirtiéndole, como se va a desarrollar la escena del parto, con tanto ministro, diplomático y príncipes presentes, al objeto de que no se vaya a alterar la evolución del mismo.

Es curioso y coincidencia tal vez, que en el parto de la madre de Enrique IV, Doña Juana D'Albret, ya se vio bien patente dicha influencia psíquica, pues ante la promesa hecha por su padre, el rey don Enrique D'Albret, que si no se quejaba y paría con valor, cantando una canción bearnesa, al objeto de no tener un niño «lloroso y ceñudo», sería recompensada. Y efectivamente, así fue, sin que lanzara un solo grito, parió un niño, que según costumbre recibió la primera gota de vino, de la mano de su abuelo, consiguiendo ella, ver cumplida la promesa, al poder leer el testamento de su padre, celosamente guardado en un cofre de oro.

También es de destacar, la conducta ejemplar y digna de Doña Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos I de España, en la que demostró un gran autodominio, ya que según los cronistas de la época, la Emperatriz Doña Isabel (la casa de Avis), no exhaló una sola queja de dolor, a lo largo del parto, «porque le consolaba la esperanza de que pariría un príncipe, causa de alegría para los abuelos». Pero el parto fue lento, tedioso y prolongado, motivo por el cual la comadrona, compadecida le sugirió, que como desahogo, gimiese o gritase, a lo que Doña Isabel le respondió:

«NAO ME FALEIS, MINHA COMADRE,
EU MORREREI, MAS NAO GRITAREI».



Y al igual que, Isabel la Católica, tuvo su rostro tapado y en ningún momento perdió el autocontrol, serenidad y compostura, consciente de su dignidad real, guardando su pudor, que solo perdió, después de su muerte. Motivo por el cual, su Caballero Mayor,

el Duque de Gandía, al no poderla identificar, por el grado tal de descomposición de su cuerpo, famoso en vida por su belleza, como se puede apreciar en el cuadro de Tiziano, exclamara la célebre frase: «Nunca más servir a Señores que puedan morir», e impresionado abandonó la vida cortesana, para ingresar en la Compañía de Jesús y llegar a ser el tercer Padre General de la Orden y el confesor de Carlos I de España y V de Alemania, alcanzando los altares con el nombre de San Francisco de Borja (1510-1572).

Otro jesuita, considerado patrono de la fecundidad y protector de los partos, fue San Francisco Javier, que en los partos se usaba el ponerse un anillo de plata, que previamente había sido consagrado mediante el contacto con sus reliquias, también recordaremos entre sus remedios el «Agua de Javier» y el «Aceite de Javier», similar al de San Ignacio de Loyola, en que aprovechaban el aceite de las lámparas que han sido consagradas al santo y usadas como remedio imploratorio en los partos.

No podemos olvidarnos, igualmente, que en la Iglesia de los Jesuitas de Amberes, existe un cuadro de Pedro Pablo Rubens, pintado el año 1619, en el que se aprecia a San Ignacio de Loyola expulsando los espíritus malignos de un poseído, viéndose en primer plano, a la derecha del cuadro, dos mujeres que alzan a sus hijos ante el Santo y aluden a la fama que tiene como patrono protector de las embarazadas y de las madres.

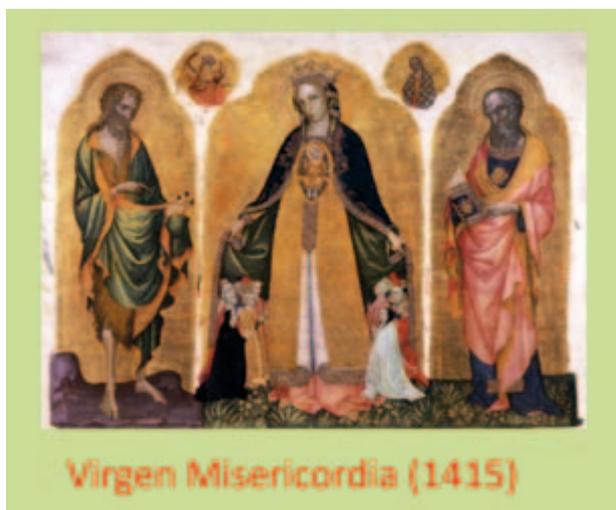
En otros casos, el temperamento de la parturienta influyó enormemente en la sensibilidad al dolor, y así tenemos que la joven y bella Isabel de Valois, esposa de Felipe II, una de las Reinas más queridas en España a pesar de aparentar débil y enfermiza, sin embargo, eran tales las ansias de satisfacer los deseos del monarca de descendencia, que hicieron que al nacer la princesa Isabel Clara Eugenia, comentara: «Gracias a Dios, el parir, no es tan trabajoso, como yo creía».

Reinas, princesas y mujeres del pueblo, ayer y hoy, han confiado con la ayuda sobrenatural, durante el trance del parto, y por ello no nos debe de extrañar que se haya peregrinado por todos los santuarios del mundo, y que desde los lugares más recónditos, se haya encomendado e implorado fervorosamente, la protección del parto a dioses, ídolos, santos y reliquias de todas clases, habiendo ello supuesto un bálsamo de sedación y tranquilidad para las gestantes.

Bellos ejemplos de ello lo tenemos, en todo Occidente y en especial en España, que dada la brevedad del tiempo, expondremos rápida y esquemáticamente, destacando en primer lugar la gran devoción generalizada, a la Virgen María Nuestra Señora, maravillosamente expresada en las pinturas de nuestro pintor de Castilla, Pedro Berruguete, en su etapa italiana, igualmente en el siglo V es invocada por las mujeres grávidas y parturientas, así como para los niños, en Bizancio, como patrona protectora y también allá en la Edad Media, se remonta la veneración de la Virgen María llevando en sus entrañas al hijo de Dios (Virgen Grávida), culto que celebra a María como protectora de los embarazos y parturientas y que en la Península Ibérica es practicado con gran fervor, encontrándose en su territorio gran número de estatuas y efigies de la «Virgen Grávida». Sin ir más lejos tenemos la estatua de «Nuestra Señora de la Esperanza», en la Iglesia de San Martín de Valencia, que ha alcanzado gran celebridad y la visita para adorarla en peregrinación de parturientas, de lejanas regiones con objeto de implorar a ella un parto feliz era muy frecuente.

Hasta el siglo XVIII, durante los embarazos acaecidos en la familia Real Española, era costumbre celebrar procesiones de rogativas a Valencia, donde se encuentra dicha estatua auxiliadora.

Entre las vírgenes Gestantes, a las que se les pide un parto feliz, tenemos la Virgen de la Expectación o Virgen de los Siete Dones (Museo de Vic, s. XIII), Virgen de la Esperanza del retablo de la catedral de Tudela; la Virgen de la «O» (Museo de Gerona) y en Oviedo, la misma Virgen, en la iglesia del Antiguo Hospital de la Balesquita.



En Gijón tenemos la «Virgen abierta», apareciendo el niño, tallado en una cavidad en el interior del vientre.

También son de destacar las «Vírgenes Gestantes Transparentes», con el niño tallado sobre el vientre, entre las que se encuentra la Virgen de Luis Dalmau, en la que el niño está representado por un disco solar, con facciones humanas de una gran dulzura y belleza. También son dignas de recordar la Virgen de la Cinta de la Catedral de Tortosa y la Virgen de Loreto, que fue invocada por María de Módena, esposa de Jacobo III, de Inglaterra, y por Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II, las cuales regalan un «Ángel de oro» por la concesión de un hijo varón.

Desde tiempos antiquísimos se venera en un pueblecito gallego, muy bello, llamado Lamosa, la imagen de Nuestra Señora del Libramiento (Ntra. Sra. de la Antigua), conocida también con el título de «Divina Comadrona», y en la que supone que nuestra reina Isabel la Católica imploró su protección durante el parto del príncipe Juan. Agradecida por tal don, regaló a dicha Divina Comadrona una lámpara de plata, dotándola de Diez Quintales cada año de aceite.

En Madrid tenemos la Virgen de la Paloma, con su «Misa de Parida», tanto a nivel popular como a nivel regio, así como también la Basílica de Nuestra Señora de Atocha para acción de gracias por los felices advenimientos. En Chile celebran la Misa de Recién Parida, en la Sacramental de Ntra. Sra. de Candelaria.

Entre los múltiples Santos protectores invocados por las gestantes tenemos a San Leonardo, que todavía en los tiempos actuales es venerado en la región Alpina, nacido a finales de siglo V de una familia noble, siendo su padrino San Remigio (437-533). Clodoveo, rey franco (461-511) regala a San Leonardo un extenso terreno cercano a Limoges, por haber prestado ayuda a su esposa durante un parto muy grave, fundando

allí San Leonardo el convento de Noblac, siendo invocado por parturientas y mujeres estériles y por Ana de Austria y una zarina rusa.

Al Arcángel San Miguel, que en la «Legenda Aurea», del Arzobispo Genovés Jacobo da Voragine (1230-1290), se cita una curación milagrosa efectuada por el Arcángel San Miguel en el año 710. El Arcángel San Miguel se apareció en la región de Avranches (Normandía), al Obispo de aquel lugar y le indico que erigiera una Iglesia, que todavía atrae hoy en día a muchos peregrinos y que lleva el nombre de «Mont Saint Michel», construida en un promontorio que según las mareas marinas está cubierto por el mar su camino haciéndolo intransitable, siendo viable únicamente en la mareas bajas. Pero en cierta ocasión y sin esperarlo, súbitamente, las aguas invadieron el lugar cuando una gran multitud de peregrinos se dirigía la iglesia y que gracias a Dios pudieron salvarse, huyendo rápidamente, excepto una mujer embarazada que se hundió en el Océano, pero San Miguel no solo la salvó, sino que hizo que diera a luz en las aguas. Con su maza separó las aguas y la condujo sana y salva hasta su casa, siendo perpetuado dicho milagro por un pintor español anónimo del siglo XIV, con otros milagros del Arcángel San Miguel.

No olvidemos a San Ramón Nonnato, cuya madre murió repentinamente al octavo mes de gestación, siendo el vizconde de Cardona llamado Ramón, quien abriera el vientre de la madre con su daga, salvando al feto con vida.

Inmortalizado por los pinceles de Murillo, en el célebre cuadro del «Milagro de la Lactación» tenemos a San Bernardo, nacido en el castillo de Fontaine, en Lée-Dijon (Borgoña), de familia noble en 1090 y fallece en Claraval el 20 de agosto de 1153, renunciando a las riquezas, ingresa en la Orden del Cister, en la que es un gran impulsor y enorme devoto de la Virgen María, siendo sus atributos iconográficos la pluma, el libro, el perro, el dragón, la colmena y la figura de la Virgen..

Y recordando a la joven Reina Isabel de VALOIS, en sus gestaciones siempre imploró a San Eugenio, motivo por el cual en su primer parto, al cuarto año de casada, bautizara con el nombre de Isabel Clara Eugenia y en el cuarto embarazo, tal vez debido a una nefropatía, abortó al quinto mes una hembra ocasionándole gran deterioro físico y psíquico junto con un enorme debilitamiento en su salud, que unido a la pena del fallecimiento del príncipe Carlos, a pesar de tener 22 años le condujo a su fallecimiento abrazada al «Lignum Crucis», el 3 de octubre de 1568.



En Francia, concretamente el Lyon, se venera a San Nicolás de Tolentino, monje agustino, que estando muy grave, moribundo, la Madre de Dios, le encomendó que bendijera un pan y después de reblandecido en agua lo comiera, sanando al momento y desde entonces los Hermanos de su Orden, daban tales panes a enfermos y especialmente a parturientas, haciéndose muy famosos, como los «Panes de San Tolentino».

En la región valenciana se tiene gran devoción por Santo Tomas de Villanueva, fallecido en 1555, Arzobispo de Valencia, pasando como patrono protector de las embarazadas.

Entre las Santas citaremos a Santa Lutgarda, con su cíngulo de crin de caballo para flagelarse, a Santa Librada, representada junto a sus nueve hermanas en el retablo de la Catedral de Sigüenza, ciudad de la que es Patrona. También citaremos a Santa Margarita con su faja milagrosa.

En las postrimerías de la Edad Media, destacan Santa Casilda, fallecida en 1.050, princesa mora del rey de Toledo, que con sus alimentos transformados en rosas, al ser sorprendida por su padre, cuando llevaba comida a los presos, fue bellamente expresado en un lienzo de Zurbarán. Socorrió a muchos cristianos y luego se convirtió al cristianismo. Se dice que para librarse del flujo sanguíneo genital, que padecía, desde hacía mucho tiempo, se curaba en un lago consagrado a San Vicente, cerca de Burgos, recobrando así la salud y en su muerte imploró la curación de todas las mujeres, que padecían dichas pérdidas sanguíneas y que la invocaran. Desde entonces es considerada como auxiliadora contra el flujo sanguíneo genital y la esterilidad, siendo venerada como patrona titular de Burgos y de Toledo.

Posteriormente figura Santa Isabel, reina de Portugal, oriunda de Aragón, fallecida en 1336 y que igualmente destaco por sus innumerables actos caritativos y su protección a las madres que amamantan. También en esa época, en nuestra piel de toro, se hacía pasar la noche a enfermos de todas clases, junto a su sepulcro para obtener su curación y con las piedras de su sarcófago, trituradas y diluidas en agua, se preparaban bebidas curativas.

En la «Legenda Aurea», se describe el martirio de Santa Agata, noble siciliana, que en el año 250, fue ejecutada por orden del cónsul Quintano, al resistirse a sus seducciones, siendo víctima de que le cortaran los pechos, a lo que la Santa le apostrofó, diciendo:

«¡Oh cruel! ¿No te da vergüenza ante Dios, el cortar a una mujer, aquello que tú has buscado en tu madre?»

Pero yo poseo pechos invisibles que han quedado intactos y que desde mi niñez albergan en si todos mis sentimientos consagrados a Dios».

En la prisión se le apareció San Pedro y le curó quedando los pechos en su sitio. Ante la persistencia de su resistencia, ante Quintano, este mandó quemar su cuerpo. Pero un nuevo milagro en 1226 hizo a Santa Agata patrona de las mujeres que amamantan.

Entre las reliquias, destacaremos en Francia, en la Catedral de Chartres, en donde se venera la Santa Camisa que llevó puesta la Virgen María, cuando recibió la «Salutación Angélica» y también es de destacar, la gran difusión que tuvo el Cinturon de Nuestra Señora de Puy (Francia), bajo cuya protección nació el rey Sol, Luis XIV.

En España, tanto popularmente como en los palacios reales, destaco la presencia en sus alcobas de la Cinta Santa de Tortosa. Igualmente estuvo presente en múltiples partos el Báculo de Santo Domingo de Silos, que por cierto, no es el Báculo Abacial, sino un sencillo bastón, con que se ayudaba en sus últimos años. También es de destacar la

presencia del Báculo de San Francisco de Paula y el cetro de Santa Isabel de Hungría, junto con el de San Pedro de Alcántara, gozando todos ellos de gran devoción. Así como también las Sagradas Espinas de Nuestro Señor del Monasterio de Montserrat. Junto con la pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán tantísimas veces utilizada, para bautizar a príncipes e hijos dalgos, hasta el mismísimo momento presente, con el que ha sido bautizada la actual Infanta Leonor y Sofía.

La última reina, por nosotros investigada, que ha implorado dichas reliquias, con su presencia a lo largo del parto, ha sido, como ya hemos dicho, la Reina Doña Cristina de Habsburgo- Lorena y curiosamente, la reina que batió el record, por así decirlo, fue la simpática e inquieta Isabel II, que reunió hasta quince relicarios en sus alumbramientos.

Finalmente, diremos como en las representaciones del teatro antiguo:

«Acta est Fábula»

BIBLIOGRAFÍA

1. Anderson, M.: *Aproximaciones a la historia de la familia occidental*. Madrid. Siglo XXI, 1990.
2. «Anécdotas de la Edad Media». *Rev. Historia y Vida*. Ed. Mundo Revista.
3. Arjona Castro, Antonio: «El libro de la generación del feto, el tratamiento de las mujeres embarazadas y de los recién nacidos». De Arib Ibn Sáid (*Tratado hispano-árabe del siglo XI*). Córdoba Publicaciones. Diputación Provincial de Córdoba, 1983.
4. Arribas Martín, M. A.: «Agnodice: mujer-medico». *Noticias médicas*. Bauer, Alfredo: «Aportes a la práctica del parto sin dolor». Editora Cartago. Buenos Aires, 47.
5. Blansilar: «La maternidad en la Polinesia». *Toko-Ginec. Práctica*. Año X, n.º 92.
6. Becerro de Bengoa Callau, Claudio: *Educación maternal y beta-endorfinas en plasma materno durante el parto*. Universidad Complutense de Madrid. Publicaciones, 1993.
7. Becerro de Bengoa Callau, C.: *Beta-endorfinas y dolor en el parto*. Real Academia de Medicina Madrid. Anales, 1992.
8. Becerro de Bengoa Callau, C.: «Medicinas arcaicas: Mesopotámica, Egipcia, Hebrea, India y China». *Rev. La Alcazaba*. Madrid, 2010.
9. Becerro de Bengoa Callau, C.: «Analgesia y Anestesia en Obstetricia». *Rev. Toko-Ginec. Práctica*, n.º 60. Año 2001.
10. Becerro de Bengoa Callau, C.: «Salmos, santos, reliquias, implorados en los nacimientos». *Rev. Tablas Daimiel*, n.º XII. Año 2002.
11. Becerro de Bengoa Callau, C.: «Fetiches, ídolos y amuletos facilitador de nacimientos». *Rev. Tablas de Daimiel*, n.º IX. Año 2002.
12. Bonaparte, Marie: «Myths of War». *Imago Publishing*. London. 1947.
13. Bosch Miralles, Juan: «La medicina canaria en la época prehistórica». *Toko-Ginec. Práctica*.
14. Castillo de Lucas: «Folklore de Ginecología». *Toko-Ginec. Práctica*. Año XV, n.º 147 (1956).
15. Clavero Núñez, A.: «¿Por qué se llama así a la Obstetricia?». *Toko-Ginec. Práctica*. Año III, n.º 18 (1944).
16. Cortes Echanove, Luis: «Nacimiento y crianza de personas reales en la Corte de España. 1566-1886». CSIC. Madrid. 1958.
17. Cruz y Hermida, J.: «La figura de la comadrona a través de la historia. Reyes y reinas nacieron de las manos de grandes comadronas». *R. Surgery*, año XIII-I-91.

18. Cruz y Hermida, J.: «Nacer en la casa». *Toko-Ginec. Práctica*. 1995.
19. Cruz y Hermida, J.: *Elvira Morera, última comadrona de la Reina de España*. Bol. Inform. de la SEGO. IX. 2. 004.
20. Deustsh, Helene: *La psicología de la mujer*. Ed. Losada. 1947.
21. Fernández Álvarez, M.: *Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas*. Ed. Espasa Calpe. Madrid. 2000.
22. Fernández Álvarez, M.: *Isabel la Católica*. Ed. Espasa Calpe. Madrid. 2003.
23. Fernández-Ruiz, César: *La esterilidad en la historia. Episodios toco-ginecológicos de mujeres célebres*. Ed. Rocas. Barcelona. 1964.
24. Fisas, Carlos: *Historias de las Reinas de España. Casa de Austria*. Ed. Planeta. 1996.
25. «Flores del tesoro de la belleza». *Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres*. Manuscrito n.º 68. Bibl. Univ. Barcelona. Folios 151 a 170. Ed. Medieval. 2001.
26. Gargantilla Madera, P.: «Las comadronas, una profesión muy femenina». *Rev. Noticias Méd.*, n.º 374. II. 2004.
27. Garrido-Lestache, A.; Moral Roncal, A.: *La identificación recién nacidos en la Casa Real Española*. Ed. Luis Pérez. 2001.
28. Gómez Fernández, J.: «Identificación del recién nacido». *Toko-Ginec. Práctica*. Año X, n.º 93, 1951.
29. González Doria, F.: *Las reinas de España*. Ediciones. Bitacora. 1989.
30. González Cremona, J. M.: *Mis amores reales (Casa Borbón)*. 1997.
31. Gutiérrez de Alles, J. L.: «Instrucción a las comadronas en el año 1750. Tutelado en España por el Real Tribunal del Prothomedicato». *Toko-Ginec. Práctica*. Año X, n.º 93. 1951.
32. Junceda Avello, E.: *Ginecología y vida íntima de las Reinas de España*. Tomo I. Ed. Temas de Hoy, S. A. Madrid. 1991.
33. Junceda Avello, E.: *Ginecología y vida íntima de las Reinas de España*. Tomo II. La Casa de Borbón. Temas de Hoy. 1992.
34. Kardiner, Abraham: *El individuo y su sociedad*. Fdo. Cultura Económica. Méjico. 1945.
35. Laín Entralgo, P.: *Historia Universal de la Medicina*. Barcelona. 1972.
36. Langer, Marie: *Maternidad y sexo*. Ed. Paidós. Barcelona. 1981.
37. Malinowski, Bromislaw: *La vida sexual de los salvajes*. Ed. Morata. 1975.
38. Marañón, G.: *Ensayos sobre la vida sexual*. Espasa Calpe. Madrid. 1951.
39. Mariana de J.: *Historia General de España*. Ed. Oficial del Establecimiento Central de Madrid. 1841.
40. Martínez-Falero, J.: *Historia emocional de Lucrecia Borja*. 1995.
41. Mead, Margaret: *Sexo y temperamento*. Ed. Paidós. Mejjico. 1990.
42. Mead, Margaret: *Adolescencia y cultura en Samoa*. Ed. Paidós. 1961.
43. Pérez, Joseph: *La España de los Reyes Católicos*. Ed. Arlanza. 2004.
44. Rubio, M.^a J.: *Reinas de España. Las Austrias*. Ed. Esfera. 2010.
45. Sánchez Arcas y Balagueró, L.: «Comadronas y mujeres de la Escuela de Salerno». *Rev. Medicina de Madrid*. Año II, n.º 12. 1968.
46. Sánchez Arcas y Balagueró, L.: «Galería de comadronas célebres de la antigüedad». *Rev. Medicina de Madrid*. Año 1968. Vol. II-XII.
47. Seco Serrano, C.: *Viñetas históricas*. Espasa Calpe. Madrid. 1983.
48. Sevilla Lozano, J.: «Aspectos médicos de la reina la católica». *Historia de la Medicina y Humanismo Médico*. El Centro Cultural de la Villa de Madrid. III. 2004.
49. Suárez Fernández, L.: *Isabel la Católica*. Ed. ABC, S. L. 2004.
50. *Santos sanadores*. Ed. Ciba, S. A. Barcelona. 1948.

51. Towler, J. y Bramall, J.: *Comadronas en la Historia y Sociedad*. Ed. Massón. Barcelona 1997.
52. Usandizaga Soraluze, M.: *Historia de la Obstetricia y Ginecología*. Ed. Casa Salud Valdecilla. Santander. 1944.
53. Vidal Sales, José Antonio: *Crónica íntima de las Reinas de España*. Ed. Planeta. 1993.
54. Voltes, P., y Voltes, J. M.: *Madres y niños en la historia de España*. Ed. Planeta. Barcelona. 1983.